

La panda va de acampada

por Ana Rossetti

El abuelo de Otocho Tragabizcocho vive en un chalet. La semana pasada habló con Otocho por teléfono.

—¿Cuando vas a venir a verme? Tengo una tienda de campaña. Si hace buen tiempo la estrenamos —le dijo el abuelo.

—¿En serio? ¿Y puedo invitar a la panda? —pregunto Otocho ilusionado.

—¡Claro! Acamparemos en el huerto. Verás qué bien —propuso el abuelo.

Y así fue. Justo a la semana siguiente organizaron una acampada.

Esta es la lista de las cosas que se necesitan para acampar:

- Una brújula, para no perderse.
- Una linterna, para no tropezarse.
- Un saco de dormir, para dormir.
- Unas buenas botas, para andar.
- Un insecticida para que no te coman los bichos.
- Una cantimplora para no morir de sed.
- Un abrelatas, para no morir de hambre.
- Un desinfectante, unas tiritas... ¿Y qué más...?

¡Ah!, y la furgoneta de la madre de Otocho, que transportará todo, la panda incluida.

Llegaron el sábado por la mañana, muy prontito. El abuelo de Otocho, estaba regando el huerto.

Otocho saltó del coche y agitó la mano.

—¡Hola, abuelo! ¡Hola, Merlín! —gritó Otocho.

—¡Hola! —respondió el abuelo haciendo saltar un chorro enorme de la manguera.

—¡Guau! ¡Guau! —ladró Merlín dando brincos de alegría—. ¡Hola, abuelo de Otocho! —saludó la panda.

Otocho hizo las presentaciones:
—Amaramar, que es la mandamás. Emecé, que todo lo habla al revés. Irvin, el poeta y cazador de letras... ¿y Ubú?

—Ubú, Ubucín, deja asomar la nariz —exclamó Irvin, el poeta.

Montaron la tienda detrás de la caseta de Merlín, el perro.

—Merlín, nos vamos de vigilancia. Haz el favor de explorar el campamento —dijo Emecé, tirándole un beso.

—Merlín nos vamos de exploración. Haz el favor de vigilar el campamento —le corrigió a media voz Amaramar.

—Eso —dijo Emecé.

El abuelo de Otocho abría la marcha. Conforme avanzaban encontraban cosas. Llenaron sus mochilas de piedras brillantes, hojas extrañas y semillas sueltas. Al poco tiempo no podían con el peso. Amaramar, la mandamás, dijo que no se podía cargar con todo. Había que escoger entre lo que se debía dejar y lo que se quería guardar. Eso daba pena. Todas las mochilas se abrieron y empezaron a vaciarse. Menos la de Ubú.

—Ubú, ¿qué llevas ahí? —pregunto Amaramar.

—Nada. Un limón.

—Un limón del limonero, guarda Ubú en su sombrero —improvisó Irvin.

Los mensajes

Estuvieron caminando y caminando. Y exploraron senderos escondidos. A veces creyeron que se habían extraviado. Pero llegaron al riachuelo.

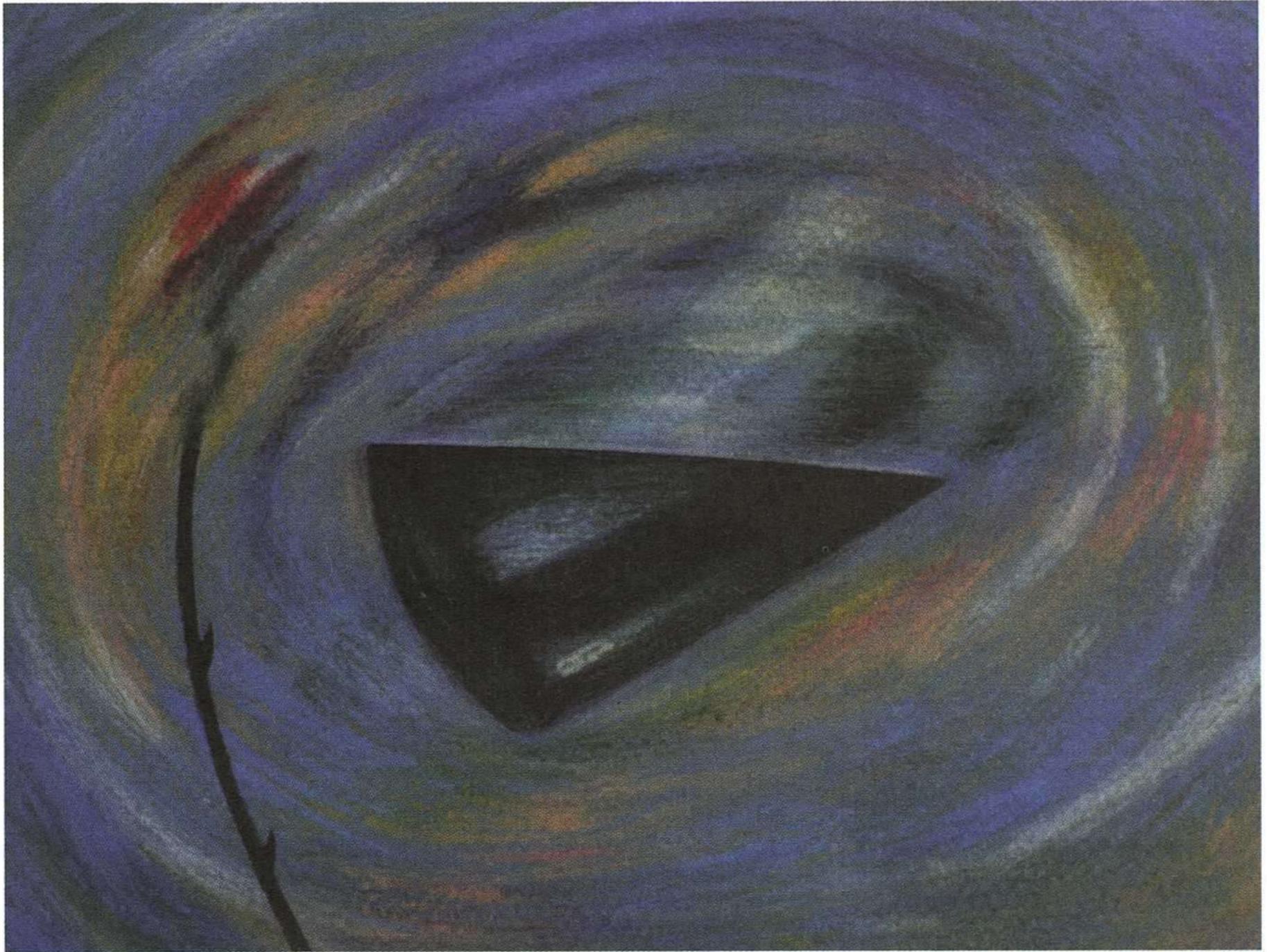
—Este riachuelo va a parar a un río más grande. Y el río al mar. Y el mar llega a otras tierras —les ha dicho el abuelo—. Lo podemos utilizar de correo.

¿Y cómo? —le preguntaron.

—Primero tenemos que preparar los mensajes. Pero tienen que ser secretos —contestó el abuelo misteriosamente.

Amaramar escribió un saludo para las ballenas. Irvin se inventó un juego de palabras bonitas. Emecé envolvió una flor en un papelito. Otocho dibujó una máquina tragaperras. Ubú entregó su papel en blanco. El abuelo metió los mensajes en una botella de cristal. Después de cerrarla herméticamente, la depositó en el riachuelo. La corriente no tardó en arrastrarla.

—¡Adios! —gritaron los niños y las niñas—. ¡Lleva nuestros mensajes a todo el mundo!



LUIS RAMÓN CASTRO ENJAMIO.

Las estrellas

Después de la cena ha habido «fuego de campamento». Consiste en sentarse en corro para contar historias o cantar. Pero, sobre todo, en hacer el ganso.

—Tumbaos en el suelo —les ha dicho de repente el abuelo de Otocho—. ¡Mirad las estrellas!

Al principio no se veía nada. Pero enseguida empezaron a distinguirse puntos luminosos. Algunos parpadeaban. Otros brillaban con intensidad. Lo más raro es que también se empezaron a distinguir sonidos. Y la noche, que parecía silenciosa, se convirtió en una algarabía.

La respuesta

Nadie recordaba ya la acampada. Ni el río. Ni la botella. Pero cierta mañana, Ubú recibió una llamada misteriosa. Alguien había encontrado los mensajes. ¡Se había establecido el contacto!

—¿Eres Ubú? Yo soy Margarita. Estoy casi a cien kilómetros de tu casa. Me encantaría ir a conocerte.

—¿Por qué no me mandas una botella? —respondió Ubú muerto de vergüenza.

—Porque eso es imposible. El río sólo corre hacia adelante —le explicó Margarita.

Ubú habló con la panda. Al principio

nadie se lo creía. Otocho dijo enfadado:

—¿Y por qué te ha llamado a ti? Tú sólo enviaste un papel en blanco.

Irvin, en cambio, se burló:

—Ubú, Ubucín, te va a crecer la nariz.

Ubú estaba a punto de llorar:

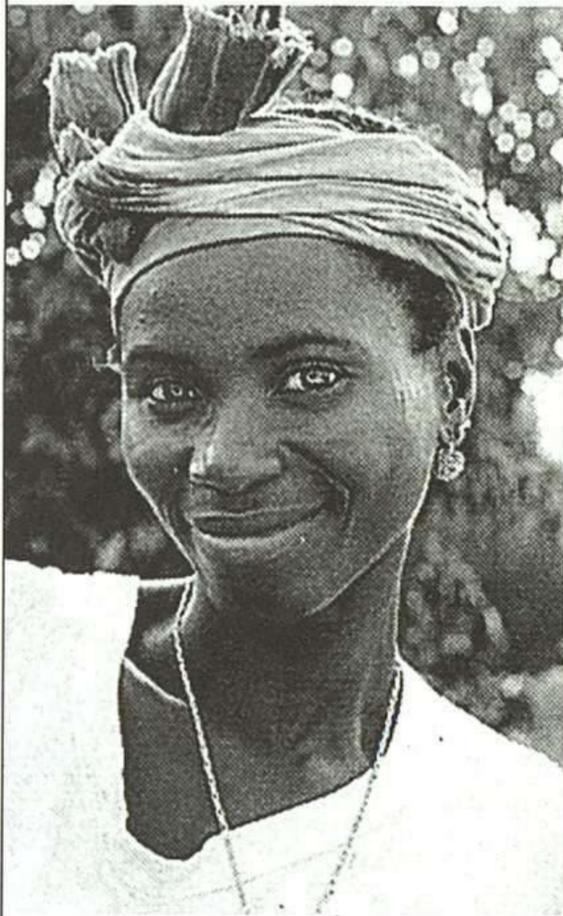
—De verdad que es verdad —decía.

—Si va a venir a verte, iremos contigo. Así sabremos si es cierto —propuso Amaramar.

Margarita

Quedaron con Margarita en el quiosco de Ada.

vacamat gràcies jarejef
 merci terimah kasi
 tarama tatenda bantiox
 obrigado
Gracias
 Thank you jarejef
 terimah kasi eskerrick asko
 tatenda jaarama obrigado



... a todos los que
 hacen posible que
 el mundo cambie

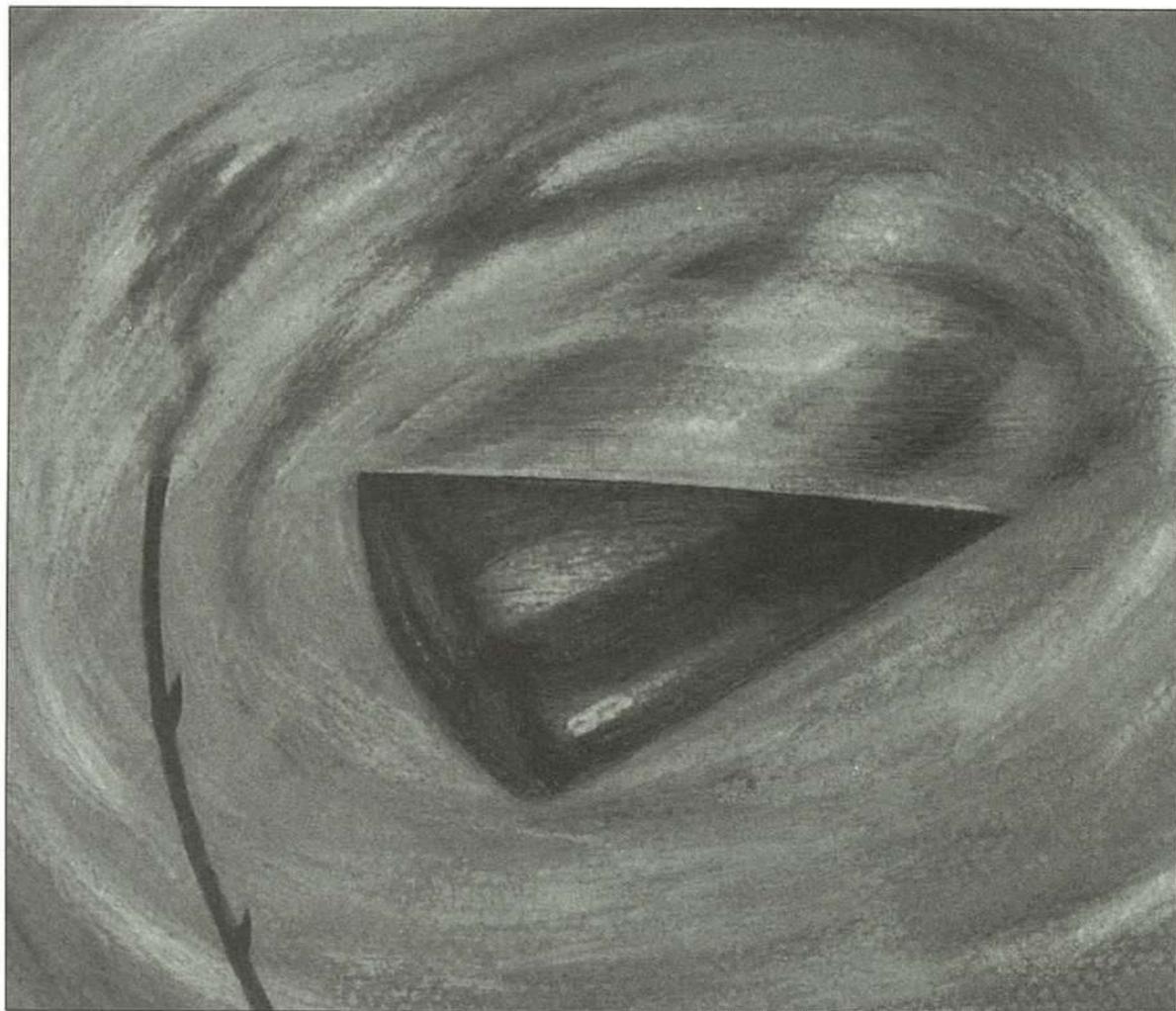
Gracias
 por colaborar con nosotros

Manos Unidas



Comité Ejecutivo:
 Barquillo, 38-3º. 28004 Madrid.
 Tel.: 308 20 20. Fax: 308 42 08

TINTA FRESCA



LUIS RAMÓN CASTRO ENJAMIO.

—¿Queréis algo? —les preguntó Ada acercándose a la mesa.

—Yo me quiero morir —exclamó Ubú, sudando como un pollo.

Por fin llegó Margarita. Era una chica mayor. ¡Qué nervios!

—¿Quién es Ubú? —preguntó inmediatamente.

Y Ubú hubiera querido que se lo tragara la tierra.

La panda se fue presentando:

—Yo soy Amaramar, la del mensaje a las ballenas.

—Yo, Emecé. Envié una flor.

—Yo, Irvin, el poeta y cazador de letras.

—Yo, Otocho. El del dibujito.

—Yo, el abuelo de Otocho. El de la botella y éste es Merlín.

—¡Ah! —dijo Margarita—. Entonces tú eres Ubú. El de la tinta invisible.

La clave

Margarita les contó todo. Se puso muy contenta cuando encontró la bo-

tella. Luego se desilusionó. No veía ningún mensaje para ella. Pero, ¿y si había alguna pista oculta? Estaba muy intrigada. Desde luego, no pensó en el papel en blanco. ¡Qué tontería! Pero después... En el papel estaba la clave de todo.

—Le acerqué una cerilla y, ¡pum!, apareció la nota de Ubú. Como por arte de magia —explicó Margarita.

Pasaron una tarde muy agradable. Margarita era muy simpática. Les prometió añadir un mensaje suyo a los de la botella y volverla a soltar. Al despedirse, le preguntó a Ubú:

—¿De dónde sacaste la tinta invisible?

Ubú se atragantó. El abuelo de Otocho respondió por él.

—Escribiste con limón. ¿A que sí?

—Ubú, eres un genio, me has dejado patitieso —exclamó Irvin.

Y Ubú se puso rojo hasta las suelas de los zapatos.